

Armar caballeros de Cristo sin tacha y sin miedo.
En esa tu heroica milicia por siglos renaces.
¡Ah! pienso, los triunfos mirando de su inclito brío,
¡Qué mando de arcángel tetrás sobre fúlgidas haces
Allá en las milicias triunfantes, santo Iñigo mío!
¡Há ya tantos años que lucho y te invoco! Si el día
No llega de paz y silencio, que el ánima ansía,
Si a nuevos, tremendos combates el cielo me guarda,
Si dura mi ausencia del patrio solar todavía
Y el ver los felices collados eternos aun tarda,
¡Oh! vén a mi amparo, sosténme, dá esfuerzo a mi pecho:
Defienda hasta el fin de mi Dios y mi Patria el derecho;
Y alcánzame ¡oh padre! un rincón, el postrero siquiera,
Allá do asistiendo a tu gloria mi madre me espera.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Agosto de 1921.

PERFILES DE ANTAÑO

Al señor doctor Daniel Arias Argáez.

Mi querido Daniel:

Con verdadero placer he leído y releído tu interesante librito que lleva el mismo título de esta carta, en que no tengo la pretensión de querer imitar tu estilo sino de evocar el recuerdo de uno de nuestros escritores bogotanos con quien me unieron vínculos de amistad y parentesco:

FRANCISCO DE PAULA CARRASQUILLA

Conociendo siendo muy niño a Pacho, como lo llamábamos todos, en la iglesia de La Capuchina, hoy de San José, el día de su matrimonio—que apadrinó Rafael mi hermano,—por allá en 1880.

Entre los concurrentes estaba Roberto Suárez, y, cuando esperábamos los curiosos la salida de los novios, Enrique Villar me presentó a José Asunción Silva. A Suárez lo había visto en mi casa en uno de nuestros inolvidables *mosaicos*, al cual concurrieron don Carlos Holguín, don Ricardo Silva, don José María Samper, don Diego Fallon, don José Antonio Soffia, etc., etc. Todos ellos han descendido ya al sepulcro!

Mi intimidad con Pacho data de 1888. A principios de ese año hubo un conato de revolución contra el Gobierno que presidía el doctor Núñez, encabezada por connotados jefes del partido liberal, al cual estaba afiliado Pacho, y el cuartel del batallón *Valencey* en el que servía yo como subteniente, se llenó de presos políticos.

En esos días me cupo la honra de tratar de cerca a los generales Santos Acosta y Sergio Camargo, a los doctores Aquileo Parra, Nicolás Esguerra y César Conto y otros muchos hombres notables, de los cuales sólo vive el doctor Esguerra.

Pacho no era exaltado en política ni se mezclaba jamás en revoluciones y sólo debió su prisión a un artículo mordaz que publicó en un periódico llamado *La Tira* y que fue suspendido al salir a luz el número 3.º Tanto fue así que los demás conspiradores fueron desterrados y él puesto en libertad a los ocho días. Recuerdo que una noche sostuvo con el doctor Conto una conversación en verso, que duró cerca de una hora. Entonces tuve ocasión de prestarle un insignificante servicio, aliviando su cautiverio hasta donde me lo permitía mi posición de oficial subalterno.

Viajó largamente Pacho por el exterior dejando imperecederos recuerdos en todas partes; su trato afable, su exquisita cultura, sus modales, su facilidad asombrosa de improvisar, lo rodeaban de amigos por do-

quiera. Tuvo sí, preciso es confesarlo, el defecto de ser en ocasiones demasiado agresivo, especialmente en sus conocidos *Retratos instantáneos*, en los cuales sin nombrar la persona daba un parecido tal que nadie vacilaba al nombrar al aludido; pero en el prólogo dice:

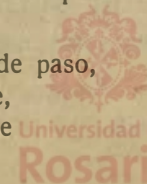
¿Qué culpa tiene el espejo
Si algún cascado semblante
Se le pone por delante
Y él lo reproduce viejo?

Gozó Pacho algunas veces de pingües sueldos, especialmente en empresas periodísticas, y jamás tuvo, como se dice vulgarmente, sobre qué caerse muerto; jamás vio una necesidad sin remediarla a la medida de sus fuerzas y su generosidad con sus amigos no conoció límites.

En la República del Salvador, donde perdió a su esposa, la señora Mercedes Mallarino Isaacs, sobrina del inmortal autor de *María* y su hijita de dos años, sostuvo durante varios meses dos periódicos rivales, uno de oposición y otro en defensa del Gobierno. No faltaron dos *biombos*, como llaman esa especie de individuos, que prestaran sus nombres por una corta gratificación. Descubierta el pastel por don Carlos Ezeiza, Presidente a la sazón de esa República, lo desterró en el acto y se vino a Panamá con su hijo Eduardo. Allí el general Roberto Urdaneta, comandante general de las fuerzas del Istmo, lo colocó en sus oficinas.

Fue, si mal no recuerdo, en abril de 1896 cuando llegué a Panamá, donde fui informado de que Pacho se encontraba allí; le mandé una tarjeta con la dirección del hotel donde me hospedaba y al respaldo me escribió la décima siguiente:

Como sé que estás de paso,
Por no decirte de trote,
Y temo que se te agote



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

Tu erario que juzgo escaso;
 Al acontecer tal caso
 Si tu confianza merezco
 Aunque de bienes carezco,
 Porque en mí todo son males
 No me faltan unos reales
 Que con cariño te ofrezco.

Por esos días un carpintero con humos de literato, un hombre de aquellos que se atracan de lectura, sin digerirla, empezó a escribir en la sección literaria de un periódico llamado *El Artesano*, una serie de artículos de crítica contra los grandes prosadores españoles: Castelar, Valera, Pereda, etc. . . . entiendo que Cervantes no se libró de alguna frase de aquella pluma *criolla*. Pacho le escribió en una tarjeta y luego la publicó en hojas volantes la siguiente cuarteta:

Abandona la crítica española,
 Pónte a limpiar las tablas con presteza
 Y en vez de calentarte *la cabeza*
 Debes ponerte a calentar *la cola*.

Conservó Pacho hasta su muerte, ocurrida en 1897, figura arrogante y el aire juvenil con que lo conocí en 1880. El rostro moreno, verdadero tipo andaluz (1) con grandes ojos negros, barba espesa y cuadrada, pelo ensortijado, cuerpo proporcionado y elegante, admirable dentadura en una boca que sonreía siempre, con el epigrama o el chiste fino y correcto en los labios y una bondad inmensa en el corazón.

Al regresar de Centroamérica fue una noche a casa, de visita. La conversación promovida por él, versó sobre asuntos religiosos. Nos mostró una carta en que el Obispo del Salvador le daba las gracias por su cooperación a varias empresas de caridad y de propaganda

(1) Los Carrasquillas venimos de Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía.

católica. Refiriéndose a mi padre, dijo Pacho: «Cómo me duele no haberle seguido el consejo de respetar la reputación del prójimo, con la palabra y con la pluma!» Recuerdo que mi madre le respondió: «Nunca es tarde para enmendarse.»

En su última enfermedad, que pasó cariñosamente atendido en casa de una respetable familia, pariente suya, cuando ya no pudo salir de su alcoba, pero aún no estaba reducido a cama, hizo llamar al Padre Teódulo Vargas, jesuita, con quien simpatizaba por la comunidad de aficiones literarias y se confesó detenidamente. Al otro día recibió los últimos sacramentos. Rafael lo visitaba a menudo, como sacerdote y como amigo, y lo acompañó en sus postreros instantes.

Muchos de los compañeros de Pacho en los días felices de otro tiempo brillaron por su ausencia.

Mánda a tu amigo afectísimo y seguro servidor,

IGNACIO CARRASQUILLA

UN CEMENTERIO DE INSECTOS

A Emilia.

Voy a conducirte, mi dulce amiga, a un lugar desconocido, limitado, pero lleno de belleza y atractivo: es un cementerio poblado de cadáveres insepultos, sin fosas, sin túmulos, y en que los muertos parecen sumergidos en un sueño de ventura y de delicias.

Nada de flores, ni de cipreses, ni de laureles; nada de cruces ni de inscripciones; ni cantos, ni ruidos, ni lágrimas, ni sollozos. En este lugar los cadáveres son incorruptibles y sonríen cubiertos de mantos luminosos que los rayos del sol acarician. El sepulturero no está